SESION CONTINUA

"Días del cielo"

Director y guionista: Terence Malick. Fotografía: Néstor Almendros. Música: Ennio Morricone. Con Richard Gere, Brooke Adams, Sam Shepard, Linda Manz. USA, 1978. Color. (Club Coliseum.)

Vaya por delante la afirmación que **Días del cielo** es una de las películas más bellas, emocionantes, sugestivas y espléndidas que he visto en mi vida. Una muestra perfecta de las posibilidades expresivas del cine y, por supuesto, la confirmación de Néstor Almendros –dando la razón a King Vidor que, poco antes de que se concediesen los «Oscar», anunció a aquél su dimisión de la Academia de Hollywood si los miembros de ésta no le otorgaban el codiciado galardón– como uno de los mejores y más sensibles operadores del mundo.

Una historia de amor, codicia y muerte. Bill (Richard Gere) es despedido de la fábrica de Chicago donde trabaja. Se dirige, entonces, en compañía de su hermana Linda (Linda Manz) y su amante Abby (Brooke Adams) a los trigales de Tejas en busca de una nueva ocupación. El dueño de la granja, que ha sido desahuciado por los médicos debido a una misteriosa dolencia, se enamora de Abby, a la que Bill hace pasar por su hermana. Deciden, ambiciosos, que la muchacha se case con el rico hacendado y los tres inician una nueva vida de tranquilidad y placer –los días del cielo– sólo empañada por el osado sentimiento de culpabilidad de los amantes. La joven esposa, además, comienza a enamorarse de su marido y Bill marcha de la casa. A su vuelta, estallará la tragedia.

El dramático relato está contado por la pequeña Linda, apenas adolescente, lo cual da un tono nostálgico extremadamente fascinante a la cinta. Unas secuencias muy breves y las elegantes elipsis permiten la progresión de la historia sin apenas diálogos ni explicaciones. Las estaciones se suceden, el calor agobiante cede el paso al frío más desolador, las máquinas invaden la naturaleza y la langosta y el fuego se abaten como plagas bíblicas sobre los cultivos. Se ha de acudir a Dovjenko para encontrar un posible paralelo en la apoteosis lírica que nos propone Malick. La maravillosa fotografía de Almendros –que aprovecha las luces naturales del alba y el atardecer sin caer jamás en gratuitos esteticismos– y la excelente música de Morricone acaban de trasladar al espectador a una época –la acción se desarrolla en 1916– de inminentes cambios sociales y en la que todavía parecen tener cabida las pasiones más primitivas.

Película, también, sobre la ambigüedad– los amantes simulan ser hermanos; el incesto evidente no es, en realidad, tal; el homicidio fortuito es tomado por asesinato– y la imprevisible evolución de los sentimientos que deja, tras su visionado, una indescriptible sensación de fascinación y desasosiego. Una obra magistral de soberbia perfección y hermosura.

"Caniche"

Director: Bigas Luna. Argumento y guión: Bigas Una. Fotografía: Pedro Aznar. Vestuario: Toni Miró. Música: Bela Bartok. Con Angel Jové y Consol Tura. España, 1979. Color. (Cataluña.)

Bilbao, el anterior largometraje de Bigas Luna, confirmó a éste como un interesante autor. Aunque uno se sintiera repelido por el sórdido ambiente en él descrito y no conectara en absoluto con el morboso y enfermizo erotismo que se desprendía de sus imágenes, era casi imposible sustraerse a la fascinación de su fealdad. Se trataba de un mundo obsesivo, claustrofóbico, autosuficiente y sugerente que ponía en evidencia las cualidades de Bigas como cineasta. Algo insólito en la cinematografía española y en una línea parecida, en cierto modo, a la seguida últimamente por Marco Ferreri. Realizador que, por otra parte, se entusiasmó en Cannes con dicho film y lo adquirió para su distribución en Francia e Italia. **Caniche**, por lo tanto, era esperado con verdadera expectación. La decepción, pues, ha resultado todavía mayor.

La acción transcurre de nuevo en un ambiente cerrado: una vieja casa muy deteriorada que sirve de residencia a dos hermanos, Bernardo y Eloísa, que llevan una existencia miserable a la espera de la herencia de una vieja tía. Un pequeño caniche blanco comparte sus vidas, sirviendo de tanto en cuando como desahogo sexual a Eloísa. Cuando al fin hereden, su vida sólo cambiará su apariencia. Pasarán a ocupar una moderna residencia dotada de toda clase de lujos y novísimos aparatos electrodomésticos, se vestirán con sofisticado refinamiento y no pasarán más penurias, pero sus obsesiones continuarán siendo las mismas, seguirán alimentándose de despojos de perros y todavía se acentuará más el carácter incestuoso de sus relaciones. La historia tendrá, por supuesto, un final sangriento.

Las constantes de Bigas están presentes en la cinta: atracción por el mundo de los objetos, dosificación de la mujer (menos evidente, sin embargo, en el tratamiento de Consol Tura –su compañera en la vida real– que en el sufrido anteriormente por María Martín o Isabel Pisano), utilización voluntariamente desaliñada de elementos como el doblaje, aprovechamiento óptimo de ciertos condicionamientos técnicos (la fotografía de Pedro Aznar, un operador incapaz de mantener un «raccord» de luz como demostró cumplidamente en **Serenata a la luz de la luna**, es espléndida), un extraño sentido del humor. Pero todo es gratuito, no existe progresión dramática alguna, el guión presenta notables fallos y el aburrimiento reina por doquier. Como ejercicio de estilo resulta repetitivo y como apunte erótico desprovisto por completo de sugerencia. Un paso en falso, en definitiva, de un director inteligente.

"Los duelistas"

Director: Ridley Scott. Guión: Gerald Vaughan-Hughes, basado en la obra de Joseph Conrad «The Duel». Fotografía: Frank Tidy. Vestuario: Tom Rand. Música: Howard Blake. Con Keith Carradine, Harvey Keitel, Albert Finney, Edward Fox, Cristian Raines, Robert Stephens. Gran Bretaña-Francia, 1978. Color. (Balmes.)

El duelo ha sido siempre, en cine, una forma elegante y caballerosa de resolver enfrentamientos personales y la secuencia culminante de las cintas de aventuras en la que el protagonista vencía y daba muerte al malo de la función. Esta notable producción británica nos muestra, en cambio, el conjunto de temores, odios y rencillas personales que escondía tan aristocrática práctica, a través de una historia apasionada de rivalidad, constancia y muerte.

El teniente D'Hubert (Keith Carradine) es retado a duelo por el teniente Feraud (Harvey Keitel) sin que apenas haya mediado unas pocas palabras entre ambos. Aunque el primero no sienta ningún deseo de medir sus armas con su contrincante, conocido por su ánimo camorrista y su ferocidad en la lucha, no puede sustraerse a la llamada del honor. Estamos en Estrasburgo, en 1800, y ambos oficiales pertenecen al ejército de Napoleón. Su rivalidad y sucesivos enfrentamientos, siempre provocados por Feraud, se prolongarán a través de tres lustros. Cuando D'Hubert se convierta a la causa de Luis XVIII y tras haber contraído matrimonio con una joven noble consiga salvar la vida de su enemigo (sin que éste llegue jamás a sospecharlo) que había sido condenado a muerte por sus simpatías napoleónicas, será retado a un último duelo a pistola. En el frío amanecer y entre las sombrías ruinas de un castillo se enfrentan definitivamente los eternos rivales. Las mismas reglas del honor que durante años impidieron que D'Hubert se negara al combate le permitirán ahora poner fin a la fatal pesadilla.

Planea constantemente sobre el film la sombra del destino. Un destino que los hombres parecen no poder dominar y que condiciona sus vidas de forma inexorable. El matrimonio, la lucha, el amor y la muerte han de someterse a unas ciertas reglas que marcarán su desarrollo. Feraud aprovecha dichas reglas para dar rienda suelta a sus pasiones; D'Hubert, en cambio, siente remordimientos cuando sus sentimientos coinciden –como en el caso de su matrimonio, al enamorarse de la mujer que su hermano ha elegido para ser su esposa– con los designios del hado. Estas dos actitudes tan contrastadas constituyen el eje del relato. Y el triunfo de D'Hubert supondrá la victoria del hombre frente al destino.

Esta historia ha sido narrada de forma particularmente cuidada. Una fotografía bellísima en la línea de **Barry Lindon** y **La Marquise d'O**, una ambientación excepcional y un vestuario exquisito consiguen que el espectador se sumerja en la época y ambientes adecuados mientras unos precisos encuadres y unas breves secuencias componen un referente pictórico de indiscutible calidad. Obra refinada, culta y tal vez algo fría para deleite de espectadores selectos.

J. de C.

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»